

Una vez más, la Belleza y la Muerte entran de la mano en el Aula Magna de Filología. Y, a su vez, las dos traen de la mano a un poeta cartagenero que ha muerto aún joven, pero que deja un legado de palabras que ni siquiera la muerte, con la complicidad del olvido, podrá dispersar. El poeta se llamó Bartolomé Nieto Munuera y había nacido en 1959. Justamente cincuenta años después de esta fecha, el poeta ha de escribir *Noches de Quart Hadasht*, un libro tan hermético como hermoso, que mitifica la ciudad nativa cuando aún no se llamaba Cartagena, aunque ya tenía la misma liturgia de palmerales, de rocas, de añiles, de escamas, de dioses tutelares y blancos, de tardes que desangrarían, como ahora mismo estará sucediendo, sus oros en el taray. Allí, mucho después del mito, nació, para cantarlo, este hombre, cuya música me trajeron nuestros amigos Carla y Javi, que lo habían leído y admirado y querido mucho cuando todavía esa música no había cesado de decirse. Yo la recibo ya esculpida, definitivamente entregada al futuro. Cuando me puse a leer sus poemas, se me enredaban en las palabras, al principio, los llantos de Javi y de Carla, pero, muy pronto, aquella poesía se me hizo llanto y canto único, sin otros contaminantes venidos de más allá del verso. Era una escritura tan suficiente, tan poderosa, tan arraigada en sí misma, tan joven que no valía la pena exponerla a una intemperie que no fuera la suya propia, deslumbrante y negadora de la muerte. Murió el poeta, es verdad. ¿Es verdad? Un poeta está muerto si su poesía ya es estéril o vive si su poesía sigue electrizando los ojos y el corazón de quien la lee. Y este es el caso de Bartolomé Nieto Munuera, poeta que será de recorridos, sin duda, muy largos. He tenido la fortuna de leer tres de sus libros-no dejó muchos más- y algunos otros textos sueltos. A mí me han bastado para reconocer en él a un poeta esencial, atado, simultáneamente, a su propia circunstancia histórica, a su propia carnalidad y a la utopía que no pertenece a nadie y que, por eso mismo, nos pertenece a todos. Empecé a vislumbrarlo a través de la lectura de un espléndido libro del año 2006 que se titula *Ribera de la entropía*. Se presenta éste con una arquitectura tripartita, al frente de la cual sitúa el autor la tierra. La tierra, sí: no hay poesía memorable que no arraigue en la tierra. Lo sabía muy bien Bartolomé Nieto: un poema sin el rumor de lo telúrico, sin su poder al mismo tiempo genésico y destructor, es un poema sin raíces, de un purismo polar. Para evitarlo, nuestro poeta se sitúa, exactamente, en las coordenadas donde el azar fijó, para siempre, su espíritu: en ese "suroeste"-así titula un poema- que maceró su escritura y frente a ese mar que, como la misma palabra, construye y destruye identidades, sueños, melancolías, máscaras, signos escritos en la arena. Porque, para un poeta cartagenero, el centro, el ónfalo, el ombligo del cosmos no es otro que el mar. Allí está todo lo que el hombre ha sido y lo que puede llegar a ser, el Alfa y la Omega, la ternura y la zarpa, el último día y el primero. Baja el sujeto lírico, por ejemplo, en texto impresionante, a la playa y allí se consuma todo el misterio del ser: toda su verdad y toda su mentira. Cito: "he bajado a una plenitud de vacíos / y he visto la ternura salvaje del horizonte que no acaba /.../ he venido a no ser, a escuchar las algas y a mojarme de cielo/ a conocer por dentro el laberinto/ y sucumbir sin lucha a su misterio gris de cuarcitas insomnes". Subrayemos que el poeta ha venido a "no ser", a "conocer por dentro el laberinto", a "sucumbir sin lucha" ante una realidad superior que lo fagocita y lo anula. De hecho, cuando el poema acabe, nada ya será lo mismo, tal como lo explica el poeta: "aquí dejo mi cuerpo falso /ya puedo volar". Así pues, este contacto con las fuerzas elementales, hace elemental al propio sujeto: derribadas sus máscaras, superadas sus limitaciones, el hombre asume energías antes no conocidas que espesan, con clarividencias nuevas, su canto. Por eso, en la segunda parte de *Ribera de la entropía*, titulada "Los dioses", la voz de nuestro poeta cursa con la cólera del mar en sus días

peores. Porque los dioses, para Bartolomé Nieto, no son entidades abstractas que planean sobre los mortales otorgándoles su desdén o su magnanimidad. Estos dioses traman a ras de tierra nuestra perdición: son los dioses del poder, del dinero, de la guerra, de la nueva esclavitud con lámparas fluorescentes y pantallas último grito; los dioses que mantienen hoy encadenado a Prometeo y a todo lo que Prometeo simboliza: la luz, la libertad, el control de sí mismo. Quiero destacar aquí, por tanto, la grandeza de una voz social, bastante extraña hoy todavía en nuestro panorama poético. Cuando uno lee estos poemas incandescentes, poderosos como el pedernal, piensa en los viejos profetas. Es la voz que se ensancha en ríos llenos de adjetivos, de deprecaciones, de imágenes degradantes, de cuchillas forjadas en la ironía. Es, repito, el profeta subido a las cumbres más ácidas de la lengua el que denuncia desde allí a los señores de la dominación, a quienes han sustituido la magia de lo utópico por la fusta de la esclavitud. A Bartolomé Nieto, desde luego, no se le pega la lengua al paladar como a los profetas cobardes; antes al contrario, pone todo su coraje cívico al servicio de aquellos que, tal vez anonadados por el miedo o por el pensamiento único, no atinan a levantar su grito de guerra. Nieto lo hace por todos y lo hace con esa voz hiperbólica del que predica en el desierto. Cito: “queréis de verdad lo imposible:/ que amemos vuestra iniquidad, /vuestro estúpido traje gris, /vuestro éxito vulgar, /vuestra maldad sin objeto; /los ojos sin vida, la piel que no siente, el rostro/ con la sintaxis vacía /como una ácida epidemia de alacrán, /un aliento que droga el universo/ con su sabor mefítico de rata”.

Ahora bien: como dije arriba, todo gran poeta es siempre triangular; hemos visto ya dos lados que delimitan las fronteras de la escritura, respectivamente, con lo otro y con los otros. El tercer lado del triángulo es aquel en el que la escritura se hace paredaña con el “sí mismo”, es decir, con el compromiso existencial que nos define como seres humanos: seres para el tiempo y para la muerte, sí, pero también para el amor, para la claridad, para la alegría, para el cuerpo que se dona, jubilosamente, a otro cuerpo. Quiero subrayar este punto para que se vea que Bartolomé Nieto no es sólo el poeta borrascoso que es, sino que, más allá de las sombras, supo manifestarse, muchas veces, como un poeta solar; entonces-y dicho con sus propias palabras- “un látigo tierno de luz /disuelve la noche sin reserva”. Un látigo tierno de luz que es, en este contexto, la alteridad amorosa, especialmente si culmina con la fusión de dos cuerpos; cito: “grito ciego y miradas ardientes /bramando la pasión suspendida /la mañana se empina de miel/ hasta la fiera campana del goce”. Y esa mirada ardiente, ese bramido, esa miel, esa fiera campana del goce, todo, se pregunta el lector, ¿todo para la ceniza, para la boca del tiempo? Yo diría que no. El pensamiento antropológico de este poeta no me parece tan derrotista como pudiera deducirse de una mirada superficial a su poesía. Hay un texto-mi favorito entre todos-, titulado “Convocatoria” y dirigido a los jóvenes futuros, que perfila una idea curiosa de resurrección inmanente, al mismo tiempo personal y social, y que, por eso mismo, salva al poeta de la negrura absoluta. Importa poco, una vez escrito este texto, que en otras entregas, como *La estirpe del aire*, publicada este mismo año, vuelva a insistirse en un Prometeo encadenado, como ser social y como ser-para-la-muerte, al horror y al terror de un destino trágico, tal como lo proclaman, por ejemplo, estos versos: “Ahora estoy de pie frente al abismo, /en el vestíbulo de los ministerios, /en el sudor de las oficinas de empleo, /en el estertor del quirófano helado; /ante el recaudador sordo y el público aquiescente. /De pie en el vértigo de la almohada” Poco importa, digo, porque el poeta ha marcado ya la hora de su domingo de Pascua: están los jóvenes ahí, vienen ahí ya, para reedificar la utopía y para

darnos, como si fueran renuevos de nuestra propia carne, una idea de plenitud permanentemente reinventada: el Ave Fénix que, sin apelar a dioses problemáticos, se basta a sí misma para no morir del todo. Con estos versos de delicado esplendor quiero acabar mi intervención de hoy. Pertenecen al poema "Convocatoria" y están sacados, como dije, del libro *Ribera de la entropía*. Me han dejado, como todo lo que vengo leyendo de Bartolomé Nieto, un sabor a poeta macerado en el prodigio. Escuchad:

Vendréis con la mirada limpia
a la nueva paleta de colores
a ese afán de margas arenosas.
Vendréis con el fuego estrenado
tan puro que habrá perdido
el terror tributario de la noche.
Vendréis alumbrando los bosques,
abriendo las puertas del mar,
inaugurando orgasmos.
Vendréis con el vuelo de gaviotas
a encender otras risas de trigo...

Muchas gracias.

ANTONIO SÁNCHEZ ZAMARREÑO